

ESOS ÚLTIMOS AÑOS

24/01/2007

Cambiaron tus ojos. En esos últimos años dejaron de transmitir la bondad a la que nos habías acostumbrado. Permanecías ahí sentada, con tensión, olvidando sonreír. Tu distinguido pelo blanco perduraba intacto. Tu cuerpo había perdido consistencia y tu silueta menguaba en la ruin silla de ruedas que te transportaba, pero conseguías seguir dándole un toque elegante a tu figura. Sin fijar la mirada, parecías alejarte por momentos. Poco a poco ibas tomando distancia, hasta conseguir no dejar que supiéramos si eras consciente o no de nuestra presencia. Miento. Estoy segura de que sabías perfectamente que estábamos, pero con una súbita frialdad, tus ojos no querían acercarse a nosotros.

Entonces me costaba entenderlo. Hoy pienso que era hastío por todo, la rabia de alejarte de nosotros te revolvía demasiado como para despedirte con placidez. Habías dedicado todos tus minutos a formarnos y a coser un sentimiento de unión familiar. Conseguiste que lo interiorizáramos, y espero creer que desde las alturas, ahora has vuelto a sonreír al vernos como esa piña que configuraste bajo ternura y paciencia. Siempre ahí.

Sabías que el abuelo andaba esperándote con ganas. Pero estabas segura que él se las podía apañar solo, su carácter independiente fue una constante a lo largo de vuestra vida en común. Y tú sentías que tu papel continuaba aún cerca de todos. Y que el marcharte no era una buena decisión. Y tú siempre hacías las cosas bien.

Pero esos momentos de tus labios apretándose con fuerza, de esa irascibilidad que marcaba tu rostro.....

Los cinco te agradecemos cuanto nos malacostumbraste a lo largo de nuestra infancia. La vida no es tan fácil como creíamos teniéndote cerca. Pero aprendimos que siempre hay que tener ilusión, e intentar ayudar a quien se cruza en nuestro camino. Que con imaginación y cariño, cualquier momento se hace especial. Nos hiciste creer que se podía jugar todos los días, que un dolor de estómago desaparecía haciendo sacar lenguas de papel a muñecos recortados, que con colores y tijeras podíamos dar vidas a personajes y crear historias que nos hacían reír. Nos transformabas en "Reyes por un día" cuando la persiana se levantaba y croissants con leche nos despertaban para ser devorados en la cama. Al llegar enero, esa intrigante habitación se abría para que rebosaran regalos, y así

hacernos creer que aquellos Magos no podían venir de otro lugar que no fuera Oriente.

Aún a veces, estando en casa de mamá, suena el teléfono a las nueve y creo que eres tú. No fallaste ni un día. Necesitabas despedir tu jornada cerca de nosotros. Y crecimos, y nuestra madurez seguía perfilándose con tu vigorosidad y amor.

Cuando tu rostro endureció, empezaste a sorprendernos con actos poco coherentes con tu yo. Te costó aceptar el cambio de roles, ¿verdad?. Engañaste a los médicos y conseguiste que todo quedara como demencia senil. Pero sólo te estabas rebelando contra el hecho de tener que aceptar que ahora eras tú la que necesitabas recibir. Sentada y con placidez te negabas a asumir que contra el paso del tiempo no se puede luchar. A nosotros nos bastaba con tenerte, pero tú tenías que seguir dando. Aún me pregunto, de dónde sacabas fuerza, pero conseguiste que sólo hasta el último momento tu cuerpo no se rindiera. Tu rabia canalizaba de forma errónea ese amor que querías seguir dándonos. Tu dolor irritaba tu mirada, y desdibujaba tu sonrisa. Nos sentíamos inútiles sin conseguir poder volver a transportarte a ese mundo que tú nos habías enmarcado.

Lamento decirte que a pesar de esa barrera que creaste entonces, no conseguiste dejar de estremecerte cuando acariciábamos tus laboriosas manos, y hacíamos sonar un beso en tus escuálidas mejillas. En ese momento, tus ojos se relajaban, y caía ese estúpido muro con el que tapabas tu impotencia.

No te preocupes, porque creo que todos entendimos la intranquilidad con la que viviste esos últimos años. Compartimos tu angustia. Perdónanos si, aunque sólo fuera en algún fugaz momento, quizás contagiados de ese desasosiego, no supimos demostrarte que nosotros tampoco queríamos perderte.

Hoy sigues ahí. Seguro que interrumpiendo al abuelo en su rico mundo interior, contándole todo lo que, con distancia y bajo agradable perspectiva, ves sobre nuestro día a día. Todos seguimos, a nuestra manera, hablando contigo. Seguro que desaprobarás alguna que otra cosa de nuestras ajetreadas vidas, pero por lo menos, esperamos que sonrías.